

CIENCIA FICCIÓN

Samuel R. Delany

CIUDAD DE LOS MIL SOLES

La caída de las torres/3

Ciudad de los Mil Soles se yergue como única alternativa posible ante el Señor de las llamas



Jon Koshar y Alter llegan a Ciudad de los Mil Soles, una utopía hecha realidad, pero aún amenazada por las sombras proyectadas por el Señor de las Llamas. Jon, junto a Alter, Clea, Vol Nonik, el poeta apocalíptico, y Catham, el historiador cuya media cabeza es transparente, iniciarán el último peregrinaje en busca de la Computadora, esa esfinge moderna emboscada en los libros de ciencia ficción. Toda una galería de alienígenas que vuelan, se arrastran y esconden, bullen en el fascinante universo creado por Delany. Así nuestros héroes «se aproximaron a Ciudad de los Mil Soles, donde los golpeó un humo azul, que se dispersó por una súbita iluminación que caía de una red de fuego... el rojo del carbunco pulido... el verde de las alas de los escarabajos...».

CAPÍTULO UNO

¿QUÉ ES UNA CIUDAD?

En el planeta Tierra hay al menos una, aislada entre mares mortíferos, sola en una isla cerca de un continente perforado por las radiaciones. Una parte del mar y de la tierra de la orilla del continente ha sido reclamada: entre esas mareas silenciosas y las planicies en calma hay un imperio. Se llama Toromon. La ciudad capital es Toron.

Del otro lado del universo, en una galaxia dispersa, hay otra... ciudad.

Un sol doble arroja sombras gemelas desde la saliente de una roca que se proyectan sobre la arena. Las hondonadas a veces se agitan por la brisa enrarecida.

El cielo es azul, la cal de arena blanca. En el horizonte se ven franjas bajas de nubes. Y al pie de una duna escarpada y polvorienta está la... ciudad.

¿Qué es una ciudad?

Es un lugar en la arena donde un campo de energía mantiene en perfecto orden a los cristales de silicato octogonales, a los ejes perfectamente alineados extremo con extremo. Es un lugar donde un compás magnético giraría como un trompo. Es un lugar donde el simple aluminio tiene la capacidad de atracción del álcnico sensibilizado. Y a pesar de que en ese momento albergaba a cientos de habitantes, en ella no había ninguna clase de edificio o estructura. La arena ya no era suave y solamente un microscopio

pio hubiera podido detectar la diferencia en el emplazamiento cristalino.

En respuesta a las presiones psíquicas de aquellos que la observaban, a veces la ciudad parecía un lago y otras una catacumba. En una ocasión había aparecido un géiser de llamas, y de tanto en tanto parecía que los edificios y las torres se enlazaban en lo alto juntamente con caminos elevados, con una luz doble que se reflejaba en el centenar de ventanas que miraban al sol. Sea lo que fuere, se alzaba solitaria en el desierto blanco de un diminuto planeta en un punto del universo a mitad de camino de la Tierra.

En la ciudad se había convocado a una asamblea, y con un simple llamado de atención, la gente se reunió. La inteligencia que presidía la reunión no era una entidad única sino triple, mucho mayor en años que cualquiera de las allí presentes. No había construido la ciudad. Pero allí moraba.

Los hemos hecho venir aquí para que nos ayuden, comenzó. Simplemente con estar acá ya han contribuido muchísimo. Quedan muy pocos por llegar, pero pensamos que es mejor empezar ahora que esperar. Para un grupo, inmenso, un gusano de treinta pies, la ciudad parecía una trama de túneles embarrados que las palabras traspasaban como si fueran vibraciones. Como lo hemos explicado antes, nuestro universo ha sido invadido por una criatura extraña y amoral a quien hemos llamado el Señor de las Llamas. Hasta este momento sólo se ha abocado a una actividad exploratoria para descubrir la mayor cantidad posible de información sobre la vida en este universo. Una vejiga metálica recibió las palabras telepáticamente: para él la ciudad era un sendero de roca perforada, sin aire. Pero incluso a través de sus métodos de experimentación sabemos que es peligroso. Para él no tiene ninguna importancia destruir o pervertir una cultura para obtener información. Hemos tratado de eliminarlo, y de mantener intactas las diversas culturas del universo. Todos ustedes han tenido contacto con él en sus respectivos mundos, así como nuestros agen-

tes. Y todos ustedes han tenido breves contactos entre sí. Para las antenas de un metro y medio de un oyente la atmósfera de la ciudad tenía un tinte verde metano. Ha estado reuniendo información para un ataque total, pero como le hemos seguido los pasos en cada planeta, hemos podido ver la información obtenida. Cuando él los eligió, cada una de las culturas estaba sufriendo terribles cambios políticos y sociales. Su método de observación en cada cultura ha sido activar aquellos elementos que precipitarían los cambios demasiado rápido, que los llevarían a su culminación demasiado velozmente. Luego, cosa rara, su punto de concentración sería no la precipitación de los cambios en sí mismos sino un estudio intensivo de la vida personal de algún individuo alienado, un loco, una figura política de prestigio, a menudo un fuera de la ley, un genio marginado de la sociedad. Para un cristal viviente que había en la ciudad las palabras del Ser Triple llegaban como una significativa progresión de notas musicales. Ahora queremos discutir un incidente particular de dicha observación. Un cacto pensante movió sus tentáculos y vio a la ciudad casi como era en realidad, una franja de arena color pastel; pero, quién puede decir cuál era la realidad de la ciudad. Ya están todos aquí con excepción de nuestros agentes en la Tierra, y queremos aprovechar esta oportunidad para discutir la particular situación en que ellos se encuentran. Para un observador casual, la afirmación de que los representantes de la Tierra aún no habían llegado habría parecido una flagrante omisión; uno de los asistentes era una mujer atractiva, de cabello castaño con grandes ojos color avellana. Pero si se la hubiera observado durante un minuto se habría visto que los dedos delgados y de uñas almendradas, la piel de crema y miel eran una bizarra coincidencia cósmica. Un examen interno y un análisis genético demostrarían que era una especie de musgo bisexual. Autoabastecido y autosuficiente el Imperio de Toromon ha permanecido sobre la Tierra durante quinientas revoluciones sobre la estrella Sol. La

crisis que atravesó Toromon fue una compleja reorganización económica, política y psicológica, unida a una inmensa ola de progresos tecnológicos en métodos de cultivo y en una producción de alimentos que la aristocracia de cien años, pervertida y fatigada, fue incapaz de redistribuir. «Inmensa ola» era la metáfora que oyó una criatura marina de pies membranosos y párpados triples desde un mundo de aguas; para los otros era «terremoto», «tormenta de arena», «volcán». La solución era simular una situación que existía solamente en las bibliotecas desde la época en que todo el planeta estaba poblado por naciones como las de ellos; simularon una guerra, una guerra que los liberaría de sus propios excesos, en energía, en producción, en vidas. El esqueleto atrofiado de una organización militar que había sobrevivido desde antes del período de aislamiento (cuando justamente verdaderas guerras habían destruido completamente a las otras naciones, dejando sola a Toromon) se convirtió en una fuerza tremenda, se reclutaron ejércitos, se prepararon equipos, y en el límite del imperio saturado por la radiación se desarrolló una guerra vasta y fantástica, controlada por una inmensa computadora situada en las ruinas de una segunda ciudad del imperio, llamada Telphar. A causa de la radiación que los rodeaba, se perdió control de la evolución y hay una sección atávica de la población que ha regresado a un punto por el cual la raza ha pasado hace tres millones de años, mientras que otro segmento ha dado un salto de un millón de años y se ha convertido en una raza de gigantes con muchos telépatas. Los telépatas trataron de mantenerse por encima de esta guerra, pero finalmente fueron arrastrados a ella. Nuestros agentes, entre ellos un telépatas, los convenció —en un intento por encontrar alguna otra solución menos destructiva que esta guerra falsa— para establecer un nexo telepático momentáneo entre todos los habitantes del imperio. La gente ya sabía que la guerra no era real. Los resultados habían sido demasiado violentos como para predecirlos con certeza. Toda la es-

estructura de Toromon era débil; puede haberse derrumbado ya irremediamente. Bandas de agitadores marginados —o malis— arrasaron al país. Se intentó poner en el gobierno a un nuevo y joven rey, y por un tiempo funcionó, pero el sistema había sido organizado para gobernar a una nación pacífica, no a una nación en guerra. Una extraña forma viva, compuesta únicamente por vibraciones térmicas oscilaba melancólicamente en la ciudad, escuchando, contemplando. La razón por la cual damos tantos detalles de esta situación es por la extraña conducta del Señor de las Llamas cuando acometió a Toromon. En primer lugar, sus intentos por provocar un desenlace rápido fueron inmensamente más violentos y destructivos que en cualquiera de sus conatos previos con otros mundos. Nosotros, que podemos percibir la energía de su concentración, descubrimos que la intensidad de su observación se había cuadruplicado. Lo que había estado buscando desordenadamente entre otros mundos, lo encontró en la Tierra. Una vez nuestros agentes lo expulsaron y volvió. Lo expulsaron por segunda vez; todavía está rondando cerca, listo para una nueva invasión. Sólo podemos tener tres agentes directos en un planeta; sólo podemos alojarnos en tres mentes. Pero con la ayuda de los telépatas nos pusimos en contacto con dos más —Tel y Alter— que durante un tiempo se convirtieron en nuestros agentes indirectos. Tel murió en la guerra falsa, de modo que sólo nos quedan en la guerra cuatro contactos. Como ya dije, sólo podemos habitar tres mentes por vez; eso hace que quede uno, ya usado para contactarse con extraterrestres, abierto para la infiltración; esta vez estamos seguros de que el Señor de las Llamas, en su tercer regreso a la Tierra, elegirá a uno de nuestros cuatro agentes, el que quede fuera de nuestra protección. Si permitimos que ellos sepan directamente, los resultados serían desastrosos para sus psiquismos. Por lo tanto nuestro contacto, ya debilitado, tendrá que cesar por completo después de nuestro próximo mensaje. Un pájaro inmenso agitó

las plumas doradas, guiñó un ojo colorado, enderezó la cabeza y escuchó. *Los motivos del interés que siente el Señor de las Llamas por Toromon son claros. Está preparándose para iniciar una guerra en nuestro universo; ahora está tratando de averiguar todo lo que pueda acerca de cómo una forma viva de este universo se conduce en una guerra. Y esta guerra de Toromon es una guerra teórica, porque no hay enemigo real. Bueno, quizá nosotros también podamos aprender algo. Nosotros tenemos la ventaja de saber a dónde mirar, ya que en esta ciudad todos son mucho más parecidos entre sí y a los hombres de la Tierra que el Señor de las Llamas, para quien ideas tales como «inteligencia», «compasión», «asesinato», «resistencia» no significan nada; él debe aprender observando lo desconocido. Del mismo modo, él tiene características de las que nosotros no tenemos ni idea. Para ampliar nuestra propia comprensión, les hemos pedido a nuestros agentes que traigan con ellos tres documentos, productos de las tres mentes más sensibles de la Tierra: los Poemas de Vol Nonik, la Unificación de los Campos Aleatorios, de la doctora Clea Koshar y Visiones del mar, una Revisión Final de la Historia de Toromon, del doctor Rolth Catham.*

La ciudad estaba en silencio, y entonces una débil forma con vida habló, una forma que existía sólo como un virus sensible a la luz, que podía ver desde las novae del tamaño de las estrellas hasta los neutrinos del tamaño del micrón de un micrón, una forma sólo ocasionalmente alterada por un fragmento de hidrógeno ionizado, un fotón suelto, el susurro etéreo de una galaxia que giraba como un huso alejándose eternidades en el frío espacio intergaláctico: ¿Qué les impedirá conseguirse estos... trabajos?

Entonces regresó el Ser Triple: *Estas palabras, recuerden, son de las mentes más sensatas de la Tierra y nunca llegarán al hombre común en la forma de libros o periódicos, y entre nuestros cuatro agentes constantemente habrá un traidor, el propio Señor de las Llamas.*

Y a un universo de distancia...

... y ella estaba hermosa, hermosa por el sol que atravesaba la ventana agrietada y le tocaba los cabellos sueltos, hermosa por los ojos cerrados, los párpados oliva, más oscuros que el resto de la cara, que el resto de la piel, que era hermosa por los colores de miel y por el rubor del fruto de kharba, que iba del blanco al rosa, hasta que se ponía moteado, naranja, maduro; hermosa por la textura de terciopelo allí donde flexionaba la rodilla y la piel se veía tirante y pulida como una piedra marrón, y allí donde su cuerpo se curvaba ligeramente en dirección a él, y la piel era suave... como terciopelo.

El panel agrietado de la ventana ponía una línea desdentada de sombra en las maderas del piso, en un costado de la cama, a lo largo de las sábanas arrugadas, una serpiente de sombra sobre su estómago. Tenía los labios separados y los dientes brillantes se veían ligeramente azulados por la sombra del labio superior.

Estaba hermosa por las sombras, las sombras violetas que caían sobre las calles del litoral donde la noche anterior había paseado con él, hermosa por la luz, el resplandor de la luz de mercurio bajo la cual se habían detenido brevemente para conversar con un amigo de él...

—Así que después de todo te has casado, Vol. Bien, pensé que lo harías. Felicitaciones.

—Gracias —le dijeron los dos y la voz de él, tenor bajo, y la de ella, un rico alto, eran musicales incluso a dúo—. Renna, éste es mi amigo Kino. Kino, ésta es mi esposa Renna —ejecutó éste solo como un instrumento único después de un acorde que implica la llegada de una sinfonía.

—Supongo que ya no tendrás mucho que hacer con tu antigua pandilla. —Kino hundió un dedo sucio en una oreja más sucia—. Pero, en realidad, nunca fuiste un pandillero. Ahora puedes sentarte a escribir poemas, como siempre quisiste hacerlo, y disfrutar de la vida —y cuando el joven mugriento, demasiado grande para ser un pillo, demasiado

joven para ser un delincuente, dijo «vida» eché una mirada a Renna, y toda el ansia de su edad inquieta puso fuego en sus ojos e iluminó su belleza.

—No, no soy un pandillero, Kino —dijo Vol—. ¿Recuerdas a Jeof, verdad? Por esa estúpida pelea entre él y yo decidí que éste es un momento tan bueno como cualquier otro para dejar todo este asunto de los malis. Vamos a irnos al continente en un par de días. Hay un lugar del que hemos oído hablar que quisiéramos ver.

Kino pasó un dedo del pie alrededor de un guijarro.

—No iba a mencionar a Jeof, pero ya que tú lo hiciste primero, creo que puedo decirte que dejar ese asunto es una buena idea. Porque él es un pandillero hasta la médula de los huesos —de pronto inclinó la cabeza y sonrió apologeticamente—. Mira, tengo que ir a un lugar. No dejes que Jeof la vea —señaló a Renna con un movimiento y con ese movimiento Vol la miró, la piel oscura bajo la luz de la lámpara de mercurio; Kino se había ido y ella era...



... nuevamente hermosa en las sombras mientras atravesaban las calles oscuras de la Olla del Diablo para llegar finalmente a la semidestruida taberna-casa de pensión, hermosa cuando entraron en la galería y la oscuridad se cerró sobre ella, ennegreciendo los detalles. Justo en ese momento alguien abrió la puerta del otro lado de la galería y el sol bañó la silueta de Renna, que se había adelantado un paso, y Vol aprendió con los ojos lo que ya conocía con las manos, que la forma y el contorno de ese cuerpo —cintura, pechos, cuello y mentón— eran hermosos. Habían ido juntos a la habitación de él.

En la pared había un retrato exquisito de él, hecho por ella, tiza roja sobre papel marrón. Sobre la mesa desvencijada, frente a la ventana, había un manajo de papeles. La

primera hoja tenía el esbozo final de un poema que era, con exquisitez de palabras y de imágenes, un retrato de ella.

Se sentó con las piernas cruzadas sobre el lecho arrugado y todavía caliente por el cuerpo, y miró a Renna, sentada junto a él, hasta que los ojos le dolieron de mantenerlos tan abiertos, mirándola para no perder la belleza de su respiración, el brillo débil de las fosas nasales, las curvas del pecho, el movimiento de la piel sobre la clavícula —un milímetro hacia atrás y luego otro hacia delante— mientras respiraba. Los ojos se le inundaron con el esplendor de Renna, se le llenaron de lágrimas. Tuvo que parpadear y mirar para otro lado.

Cuando miró nuevamente a la ventana, frunció el ceño. La noche anterior no había habido rajaduras.

Siguió la línea que bajaba por la ventana, donde los dos pedazos del panel estaban dislocados uno contra el otro, y que llegaba al extremo inferior izquierdo: un estallido de grietas más pequeñas formaban un agujero de menos de un centímetro. Algún objeto había golpeado contra ese ángulo. Se puso de pie y se dirigió a la mesa. Sobre el papel brillaba el vidrio roto. («Como yo hago brillar mis palabras», pensó). Levantó la piedra a la que le daba varias vueltas una tira de tela. Cuando la desenvolvió y leyó las palabras, borroneadas donde la tinta se mezclaba con la fibra, ya no hubo más brillo. En cambio, pequeños martinetes de fragua golpearon contra una dura pelota de miedo que había llevado durante tanto tiempo, y la mantuvieron en la alternativa declaratoria o imperativa:

«Jeof te busca. Sábelo. Dice que te comerá en el desayuno. Vete. Está decidido. Kino».

Pasó dos segundos tratando de imaginar cómo habían seguido durmiendo con el ruido de la piedra, luego llegó velozmente a la conclusión de que la piedra que habían arrojado desde la calle era lo que lo había despertado. El pensamiento fue interrumpido por un crujido en el primer

piso. Se volvió y vio que ella abría los ojos. Bajo esos párpados oliva, estanques marrones, donde las motas doradas surgieron con la luz apropiada, Renna sonrió. La sonrisa describió una voltereta en dirección a él a través de los muebles mugrientos, rebotando de pared manchada en pared manchada (donde quizá lo único hermoso era el retrato con tiza roja que había hecho ella, y desde el júbilo que lo llenaba, hasta los iris fatigados se relajaron y la habitación se llenó de luz.

—Esta mañana también te amo —dijo ella.

Mientras sonreía, un pensamiento oscuro se agitó ominosamente; ella también se despierta por un sonido que no oyó, viéndome sólo a mí, como un momento antes y lo veía a ella.

Abajo se escucharon ruidos de muebles golpeados.

Ella le hizo una pregunta con el rostro, en silencio, inclinando la cabeza sobre la almohada. Él le respondió con el mismo gesto y un movimiento de los hombros planos, desnudos.

El ruido de unos pasos en la escalera; luego la voz aguda de la dueña de la pensión que protestaba en la galería:

—¡No pueden entrar de esta manera! Mi pensión es una casa respetable. ¡Tengo licencia! ¡Salgan de aquí, rufianes! Les digo que tengo mí...

La voz cesó, la ola se rompió, algo golpeó la puerta, con fuerza, y la puerta se abrió, chocando contra la cama.

—Buenos días.

—¿Qué diablos quieres? —dijo Vol.

No hubo respuesta y en el silencio miró al rollizo neandertal, torso desproporcionado, piernas combadas; la mejilla había sido tajeada seis veces y las cicatrices la cruzaban una y otra vez. Sobre el ojo izquierdo había una herida púrpura, de una reciente pelea. Los bordes de la herida estaban húmedos. Feo, pensó. Feo.

El peso se trasladó del pie derecho al pie izquierdo, lentamente, y la cadera que estaba alta bajó y la que estaba

baja subió.

—Quiero hacerte miserable —dijo Jeof y entró en la habitación. Detrás de él entraron otros tres—. Veo que recibiste el mensaje de Kino —rió—. Se lo sacamos anoche, cuando él hizo el primer intento. —Entonces una mirada arrepentida se impuso por sobre la sonrisa—. Pero luego pensé que tendría que arrojarlo aquí esta mañana antes de venir a decirte hola. —Jeof se adelantó otro paso, miró a uno y otro lado de la habitación, y la vio en la cama, los ojos abiertos y dorados, la piel pálida, manos, boca, ojos y hombros aterrorizados—. ¡Bueno, hoolaaa!

Vol saltó hacia adelante...

... el estómago se le envolvió alrededor de un puño penetrante. Gruñó, cerró los ojos y golpeó contra el piso. Cuando los abrió, un segundo después, había por lo menos seis personas más en la habitación. Dos lo levantaron de un sacudón. Entonces Jeof lo golpeó en el estómago una vez más y mientras la cabeza se le aflojaba hacia adelante la mano regresó desde la dirección opuesta, los nudillos primero, y le levantó la cara de una bofetada.

—Ahora —dijo Jeof, apartándose nuevamente de Vol—, como estaba diciendo, hola.

Los años vividos en las calles de la Olla del Diablo habían hecho de Vol un hábil luchador callejero. También lo habían enseñado que si la situación es desesperante hay que ahorrar fuerza por si se produce el milagro de salir de esa situación y entonces uno puede usar esa fuerza para recuperarse. Y era desesperante.

De modo que cuando al principio Jeof avanzó en dirección a Renna y ella gritó, él simplemente permaneció de pie. Pero el grito se convirtió luego en un largo, prolongado alarido. De pronto también Vol estaba gritando y peleando y las voces habían perdido toda la música y eran disonantes y agónicas. Peleó y casi mató a uno de los hombres que lo sostenían, pero alrededor de él había otros tres

que le rompieron cuatro costillas, le dislocaron el hombro y le aplastaron un costado de la mandíbula.

—No —dijo Jeof, haciendo un gesto apaciguador con la mano... en las manos de Jeof había sangre y ahora ella no podía gritar porque tenía los cartílagos de la laringe aplastados—. No lo maten. Simplemente quiero que observe lo que hacemos con ella. —Miró a su alrededor—. Muchachos, uno de ustedes venga acá para ayudarme. —Emplearon las manos, luego todo el cuerpo, y entonces, el rayo doble de una espada flamígera surgió de un estuche oculto, se encendió la base de la empuñadura y chispas blancas iluminaron las puntas dobles.

Un minuto después por misericordia, Vol perdió el conocimiento. Ni siquiera pudieron despertarlo a golpes. Entonces se fueron.



Media hora más tarde, Rara, la mujer que dirigía la pensión, reunió coraje suficiente para mirar dentro de la habitación. Cuando vio al hombre desnudo retorcido frente a la mesa dijo «Dios mío» y entro en la habitación. Luego, cuando vio lo que quedaba sobre la cama, no pudo decir nada; simplemente retrocedió cubriéndose la boca con una mano.

La mano del hombre se deslizó sobre las mugrientas maderas del piso.

—Oh, Dios querido —susurró la mujer—. Él está vivo. —Corrió hacia él, tratando de arrojar de la mente el retrato de los dos juntos, tal como los había visto hasta el día anterior (bebiendo de la misma tacita junto a la pileta que estaba abajo, paseando con las manos entrelazadas, riéndose mientras se miraban a los ojos). Se arrodilló junto a él y la mano del hombre le tocó el pie.

Hay que sacarlo de aquí antes de que se despierte, pensó la mujer, y trató de levantarlo.

El dolor producido por las costillas rotas que le oprimían los pulmones hizo que Vol recobrar el conocimiento. Abrió los ojos y miró con la mirada perdida a la mujer que se inclinaba junto a él. Era un rostro con firmeza, aunque del otro lado de los cincuenta. Una marca marrón rojizo le recorría la mejilla izquierda.

—¿Rara? —pronunció el nombre con un atisbo de inflexión, y la mandíbula golpeada, que empezaba a hincharse, le borró toda expresión.

—Señor Nonik —dijo la mujer—. Venga conmigo, ¿quiere?

Apartó la mirada y cuando llegó a la cama se detuvo.

—No, señor Nonik —dijo Rara—. Venga conmigo.

Dejó que lo ayudara a ponerse de pie y caminó con ella hacia la galería, a pesar del brazo agonizante, a pesar del fuego que sentía en el costado derecho del pecho.

Rara advirtió la debilidad y el ángulo imposible en que se hallaba colocado el brazo.

—Bueno —comenzó—, vamos a tener que llevarlo al Servicio Médico enseguidita...

Entonces Vol gritó. Fue un grito largo, arrancado desde adentro: en la mitad cambió, elevándose casi una octava (como un jabalí atrapado por las arenas movedizas, cuyo grito va desde el anhelo por luchar, alzándose a causa de una súbita comprensión hasta llegar al terror y al hundimiento final).

—Aaaayyyy... —Vol cayó contra el piso. Sacudió la cabeza; le corrían las lágrimas, pero estaba sereno.

—Señor Nonik —dijo Rara—. Señor Nonik, levántese.

Se puso nuevamente de pie. En el silencio, Rara sintió un estremecimiento. Lo ayudó a desplazarse por la galería.

—Mire, sé que esto no va a significar nada para usted, señor Nonik. Pero escuche. Es joven y ha... perdido algo.

—La escuchaba a través de una cortina de dolor—. Pero nos pasa a todos de una manera o de otra. No diría esto si no hubiera sido por lo que ocurrió hace un mes, cuando to-